

# EL JARRO DE LOS DESEOS



COLECCION MARUJITA N°59

Pr 70  
Zurich

# El jarro de los deseos

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA



# EL JARRO DE LOS DESEOS



Una vez, un pobre muchacho. Llamado Garcín, vivía con sus padres en una cabaña del pueblecito de Torón. Era un muchacho muy perezoso y en vez de dedicarse a su trabajo, se pasaba el día imaginando lo que haría si fuese un príncipe.

—¡Qué bonito sería vivir en un castillo y ser dueño de hombres y de caballos!—pensaba.—Luego me casaría con una princesa y me sentaría en un trono.

Tenía por oficio asustar a los pájaros, para que no se comiesen los granos de los campos. Pero se entretendía tanto pensando en lo que haría si fuese príncipe, que, muchas veces, los pájaros se comían los granos en sus mismas barbas. Y entonces el agricultor se enojaba con él y le daba una paliza.

Un día hacía girar distraídamente su carraca, sin acordarse casi de los pájaros, cuando, arrastrado por su fantasía, dijo en alta voz:

—Me gustaría mucho llevar un manto rojo, con adornos de oro y ceñir una buena espada. Me adornaría también con un gorro de plumas, y...



### EL HECHICERO LO LLEVÓ A LA PARTE POSTERIOR DE LA CASA

—¿Y por qué no has de tener todo eso?—preguntó una voz a su espalda.

Garcín dió un salto de sorpresa y miró a su alrededor. Vió a un hombre alto y flaco, que llevaba un traje muy raro, de color pardo y amarillo. Cubríase la cabeza con un extraño gorro puntiagudo, de modo que el muchacho adivinó que se trataba de un hechicero. Por esta razón se puso en pie e hizo una reverencia.

—¿Habéis venido para encargarme que haga algo en vuestro obsequio?—preguntó.

—Mira—contestó el hechicero.—Podrías ayudarme, porque estoy en un apuro. He perdido la llave de mi casita, y quisiera sacar algo de ella. Creo que tú podrías entrar por una ventanita que ha quedado abierta.

—¿Y qué me daréis si lo hago?—preguntó Garcín.



—Desde luego te daré el gorro, el manto y la espada que deseabas poco ha—contestó el mago.

—¡Qué bien!—exclamó el muchacho, saltando de alegría.—Mostradme el camino, señor hechicero, y, según deseáis, entraré en vuestra casa por la ventana.

El mago se llevó a Garcín a campo traviesa y, al fin, llegó a una colina muy empinada. En la ladera se hallaba una casita casi oculta por los árboles. Garcín nunca la había visto allí y ni siquiera recordaba aquella colina, a pesar de que conocía muy bien los alrededores, de modo que le extrañó mucho no haber reparado nunca en la eminencia y en la casa.

Acercáronse a la última y Garcín vió que todas las ventanas tenían las cortinas corridas. La puerta también estaba cerrada. El mago acompañó al muchacho a la parte trasera de la casa, en donde, efectivamente, había una ventana abierta. Estaba a regular altura y el muchacho se preguntó si podría alcanzarla.

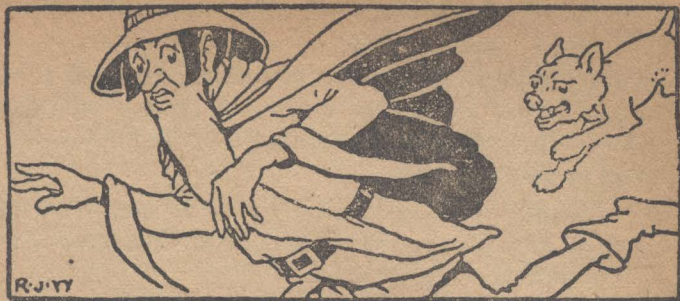
—Será mejor que me suba a ese peral—dijo.—Luego, desde esa rama, alcanzaré fácilmente el antepecho de la ventana.

Así lo hizo y, efectivamente, penetró en la vivienda.

—¿Queréis que abra la puerta?—preguntó al mago.—Entonces podréis entrar y tomar lo que os hace falta.

—¡Oh, no! No te molestes en eso—contestó el hechicero.—Lo único que deseo es un jarrito rojo, que hallarás en la mesa de la cocina. Tráemelo.

Garcín se dirigió a la cocina y sobre la mesa vió un jarrito rojo, provisto de asa. Lo tomó y entonces oyó un ruido extraño en el exterior. Se asomó a la ventana para mirar y pudo ver que el mago luchaba ferozmente con un gnomo.



### EL MAGO DIÓ UN GRITO Y ECHÓ A CORRER CUESTA ABAJO

—¿Qué haces delante de mi casa?—preguntó el gnomo furioso.—Seguramente has venido a robarme algo, porque ya te conozco. Por suerte he cerrado todas las puertas. ¡Y ahora, toma, toma y toma!

El gnomo acompañó estas últimas palabras con otros tantos golpes, pero, de pronto, el mago pronunció una palabra muy rara y el pobre gnomo desapareció. En su lugar surgió de repente un perro que, desesperado y gemebundo, empezó a dar vueltas por el jardín.

Garcín se asustó mucho, al ver que aquella casa no pertenecía al hechicero. Dióse cuenta de que éste lo había enviado a robar el jarro. ¡Qué malo era! Y el muchacho se convenció de que tampoco le daría el manto, el gorro y la espada que le había prometido y aun temió que el hechicero lo metamorfoseara en animal.

A consecuencia de estas ideas, se dirigió a la puerta trasera, levantó la tranca y salió de la casa. Fué a ocultarse en un matorral y no tardó en oír que el mago se dirigía a la ventana y empezaba a llamarlo.



—¡Sal, muchacho!—gritó.—¿No has encontrado el jarro?

En vista de que no obtenía respuesta, se enojó y renovó sus gritos. De pronto el perrito en que se había transformado el gnomo, se acercó a él y le dió un mordisco en la pierna.

El mago profirió un grito y echó a correr cuesta abajo. El perro lo persiguió y Garcín se quedó solo, escondido entre las matas.

Temblaba de pies a cabeza, pero no tardó en resolverse a salir, con objeto de volver corriendo a su casa. Al llegar a ella se dió cuenta de que, distraídamente, aún llevaba en la mano el jarrito rojo.

—¡Oh!—exclamó asustado. — Aún llevo este jarro. ¿Qué haré con él? No me atrevo a devolverlo a la casa de donde lo saqué.

—¿Dónde has encontrado ese jarro?—le preguntó su madre.

El le dió cuenta de sus aventuras y la buena mujer tomó el jarro y lo examinó atentamente.

—Es muy bonito—dijo al fin.—Si viene a recogerlo el gnomo, se lo devolveremos, porque, desde luego, no quiero que vayas otra vez a su casa.

—Mejor será que lo utilicemos nosotros—contestó el muchacho, a quien le pareció que el jarro era muy bonito.—Lo haremos servir para poner la leche, madre.

La buena mujer lo llenó de leche y lo puso en un estante. A la hora de merendar lo dejó sobre la mesa en unión de algunas cosas más y Garcín fué a ver qué había para merendar.

—¡Nada más que pan seco y leche!—exclamó, disgustado.—¡Siempre lo mismo!



—Los tiempos son muy malos, hijo—replicó la madre, dando un suspiro mientras ponía leche en las dos tazas. —Ojalá tuviésemos pasteles, mantequilla y chocolate, hijo. Pero...

Se interrumpió, sorprendida, porque, repentinamente, aparecieron sobre la mesa una chocolatera llena, un plato de pasteles muy apetitosos y una mantequera en la que rebosaba la mantequilla.

—¡Oh! — exclamó el muchacho, entusiasmado.— ¡Mira, madre! Con toda seguridad ese jarro está encantado.

Lo tomó de manos de su madre y, vertiendo un chorrito de leche como hiciera ella, expresó un deseo, pues era condición precisa verter algún líquido del jarro para que atendiese los deseos de su dueño.

—Quisiera una vaca, una oveja y un cerdo—exclamó el muchacho.

En el acto resonaron a su espalda los gritos de esos tres animales. Volvió la cabeza y, en la misma cocina, vió una vaca, una oveja y un cerdo. Su madre profirió algunas exclamaciones de sorpresa y se apresuró a sacar al patio aquellos tres animales de maravillosa procedencia.

—Ten cuidado con lo que deseas, tonto. No quiero ver mi pequeña cocina llena de bichos.

—Pues entonces deseo una cocina muy grande y una casa muy espaciosa. También quiero un jardín, una hacienda y un huerto.

En un abrir y cerrar de ojos, la cocina se convirtió en una habitación muy espaciosa y en su extremo apareció un hogar muy grande. La casa entera desapareció para ser reemplazada por otra mucho mayor y mejor. El jardincito aumentó prodigiosamente de extensión y a lo

lejos aparecieron algunos campos, en los que había numerosas ovejas, muchos caballos y vacas. A corta distancia pudieron ver también un maravilloso huerto lleno de árboles frutales.

—¡Dios mío!—exclamó Garcín.—¡Somos ricos! ¡Somos poderosos! Ahora podré llegar a príncipe y casarme con una princesa.

Y en vista de que el jarro estaba ya vacío, Garcín lo llenó de agua y empezó a verterla, expresando al mismo tiempo sus deseos.

—Quiero un traje rojo con adornos de oro—dijo.—Un gorro adornado de plumas y una copa amplia y magnífica. Quiero también una brillante espada y un caballo con la cabeza adornada por unas plumas. Quiero que me sigan cien criados y que cada uno de ellos lleve un saco de oro o de piedras preciosas. Seré el personaje más importante del reino y mañana mismo iré a pedir la mano de la princesa Melania.

Todos sus deseos se cumplieron puntualmente. Vióse vestido de rojo, con adornos de oro y en el jardín apareció un caballo con un hermoso penacho de plumas. Por el ancho sendero avanzaron cien criados y cada uno de ellos llevaba un saco azul, cuyo contenido adivinó el muchacho.

—Dormid en el jardín—les dijo,—porque no os necesitaré hasta mañana.

Ellos, obedientes, se echaron sobre la hierba, disponiéndose a dormir. Garcín y su madre estaban muy excitados y cuando su padre llegó a casa, se quedó asombradísimo al notar el cambio que había sufrido. El muchacho salió corriendo y lo acompañó hasta la cocina, en donde el pobre hombre contempló, asombrado, el jarro autor de tantas maravillas.





AL DÍA SIGUIENTE GARCÍN SE DIRIGIÓ AL PALACIO  
DEL REY



Al día siguiente Garcín salió hacia el palacio del Rey. Cabalgaba en un magnífico caballo negro y de su costado pendía una brillante espada. Agitábase al viento su capa roja con adornos de oro y tras él marchaban los cien criados cargados con sus sacos.

Hacia el mediodía, llegó a las puertas del palacio, que le franquearon los centinelas al ver aquel joven gallardo, acompañado de tan espléndido séquito.

—Decid a Su Majestad que el príncipe Garcín, de Torón, desea verle—ordenó el atrevido joven.

Y el Rey, al enterarse de la riqueza del recién llegado, y de los numerosos criados que lo seguían, ordenó que lo llevasen a su presencia.

—Majestad—le dijo.—He venido a pedirlos la mano de vuestra hija.

El Rey se rió y luego contestó:

—No sé nada de vos. ¿De dónde venís?

—Del gran país de Torón—contestó Garcín.—Y os he traído, señor, algunos regalos.

Avanzaron los cien criados y, al pie del trono, vaciaron sus sacos. El Rey tenía los ojos desorbitados por el asombro. Nunca vió tanto oro ni tantas piedras preciosas. Sin duda aquel joven debía de ser un príncipe muy rico.

La princesa Melania estaba sentada al lado de su padre. Era una doncella muy hermosa y Garcín le fué en extremo simpático. Desde luego era mucho más agradable que el viejo Duque con quien su padre quería casarla. Y la joven se dijo que el Príncipe tenía unos ojos negros muy alegres y un cabello ensortijado que le sentaba muy bien.

—Me gustaría mucho casarme con ese Príncipe—dijo, cosa que hizo sonrojar a Garcín.

El Rey ordenó a su hija que guardase silencio.



### GARCÍN LLENÓ DE AGUA EL JARRO ROJO

—Mi hija está ya prometida en matrimonio al duque de Cerroalto—dijo.—Ha preparado ya un castillo para ella y le ha regalado un collar de magníficos brillantes.

—Pues yo construiré para ella diez palacios, cada uno más bonito que el otro—exclamó Garcín.—Y le regalaré cien collares, un millar de broches y todos los trajes que quiera.

—No digáis tonterías—exclamó el Rey.—En el mundo no hay nadie bastante rico para eso. Si pudierais cumplir lo que acabáis de prometer, os daría, desde luego, mi hija, pero tales palabras se las llevará el viento.

—¿Me daréis a Melania por esposa, si, esta misma noche construyo diez palacios para ella?—preguntó Garcín.

—Sí—contestó el Rey riéndose.—Sé muy bien que eso es imposible. Y ahora oídme, joven. Si no cumplís vuestra promesa, os tendré encerrado un año en un calabozo. Eso os enseñará a no ser jactancioso.

Garcín hizo una profunda reverencia y salió. Sacó el jarro rojo del saco de piel en donde lo llevaba, lo llenó



de agua de una bomba y luego expresó sus deseos.

—Quiero que mañana por la mañana el Rey pueda ver diez palacios, cada uno más hermoso que el otro—dijo.—Y quiero también que se presenten a la Princesa cien esclavos llevando collares y broches y con las más bellas piedras preciosas del mundo entero. También se presentarán a ella cincuenta doncellas, que le ofrecerán vestidos de seda bordados en plata y oro.

Al día siguiente, Garcín acudió muy temprano al palacio y solicitó que le llevasen a presencia del Rey, en cuanto éste se hubiese levantado. Y cuando, al fin, lo recibió el Monarca, le hizo una profunda reverencia y le dijo:

—Majestad, he venido a reclamar la mano de la Princesa. Hoy mismo quiero casarme con ella.

—No digáis tonterías—exclamó el Rey con acento de enojo.—¿Dónde están esos maravillosos palacios de que me hablabais? Marchaos antes de que os haga encerrar.

—Servíos venir a esa ventana, Majestad—contestó Garcín.

El Rey se acercó a la ventana, se asomó y, en aquel momento, ocurrió algo maravilloso. Uno a uno aparecieron diez palacios magníficos y resplandecientes, que rodeaban el del Rey, apuntando al cielo con sus torrecillas y sus puntiagudos tejados.

Luego de cada palacio, salieron diez esclavos, llevando espléndidos collares y broches, sobre cojines de terciopelo negro. Los seguían las doncellas encargadas de entregar a la Princesa los maravillosos vestidos encargados por Garcín.

Melania arrojó los brazos al cuello de Garcín y le dió un beso.

—Nos casaremos hoy mismo—exclamó.—Eres el prín-



cipe más gentil del mundo entero. ¡Oh, papá! Fíjate. Diez palacios para mí y, además, esas joyas y esos trajes.

—Bueno, me gustaría mucho que tu marido situara esos palacios a mayor distancia—observó el Rey.—Confieso que son magníficos, pero aquí, donde están, me estropean el panorama. Y ahora, Melania, contente, deja de abrazar al príncipe Garcín y prepárate para la boda. Veo que habré de cumplir la palabra dada y entregar tu mano al Príncipe.

Aquel día hubo una verdadera conmoción en palacio. La Princesa se casó con Garcín y el pueblo los vitoreaba delirante, al ver a la hermosa pareja, cuando atravesaba las calles en una carroza de oro puro, de la que tiraban veinte caballos negros como el carbón, cada uno de ellos con una estrella blanca en la frente. Así los había deseado Garcín y la Princesa estaba encantada.

Lo primero que hizo luego el nuevo príncipe, fué ordenar que situasen los diez palacios a mayor distancia y cada uno de ellos en la cumbre de una colina que hizo preparar expresamente. Luego él y la Princesa fueron a vivir sucesivamente una semana en cada uno de ellos, divirtiéndose en grande.

Garcín dió a la princesa Melania el jarro de los deseos como regalo nupcial. Al principio la joven lo utilizaba todos los días, pues le divertía mucho realizar todos sus deseos, cualesquiera que fuesen. Pero al fin se cansó de ello y guardó el jarro en un armario destinado a la vajilla y ya no se acordó más de él, porque tenía cuanto era dable apetecer.

Un día llegó un mendigo a la puerta de la cocina y rogó que le diesen un vaso de agua.

—Llévalo tu mismo en la bomba del patio—replicó la criada con la mayor rudeza.

—Préstame un jarro—dijo el pordiosero.

La criada abrió la puerta del armario de la vajilla y buscó con la mirada.

—Ese rojo me servirá—dijo el mendigo.

La criada se lo dió y en cuanto aquel individuo lo tuvo en sus manos, profirió una carcajada y se dirigió a la bomba.

¡Era el mago! Llenó el jarro de agua y empezó a expresar sus deseos. Ordenó que los palacios se convirtiesen en humildes casitas y que todos los caballos de Garcín se transformasen en ratones. Y siguió expresando sus deseos uno tras otro, de manera que Garcín no podía comprender lo que sucedía a su alrededor, pues todo se transformaba según los deseos del mago.

Por último, Garcín, salió para ver qué ocurría, y en el patio encontró al hechicero, al mismo hechicero que le enviara a la casita del gnomo para robar el jarro rojo. Vió que tenía en la mano este utensilio, y en el acto el joven se arrojó contra él. Un momento después ambos luchaban por la posesión del aquel objeto. Aun quedaba en el jarro un poco de agua y el hechicero quería verterla para expresar un deseo, pero el joven no se lo consintió.

—¡Dame ese jarro!—exclamó Garcín, dando un puñetazo en la cabeza del mago.

—¡Ay!—exclamó éste, dolorido.—Bueno... quédate con él.

Al mismo tiempo derramó un poco de agua y se cumplió su deseo.

—Quiero que te veas en un lugar desierto—exclamó.  
—De poco te servirá allí ese jarro.

En un abrir y cerrar de ojos Garcín desapareció. Volaba por el aire y por fin cayó en un desierto de arena amarillenta. Sólo, a gran distancia, pudo ver algunas matas





## GARCÍN Y EL MAGO EMPEZARON A LUCHAR POR QUEDARSE CON EL JARRO

raquíticas, pero no descubrió a ningún ser vivo.

—Bueno, no importa. Por lo menos tengo el jarro de los deseos—se dijo el joven.—Ordenaré que me lleven a mi casa y luego, al poco rato, haré de modo que todo vuelva a ser como antes.

Pero ¡ay! estaba vacío. Y no concedería ningún deseo, a no ser que se vertiese algún líquido en él. El joven miró a su alrededor en busca de una corriente o de un pozo, pero en aquel desierto no había nada de eso.



Durante todo aquel día y el siguiente el pobre Garcín anduvo de un lado a otro, en busca de agua, mas sin poder hallarla.

—Me moriré de sed—gimió.—Y si no fuese por las frutas que crecen en esas matas ya me habría muerto. ¿Dónde está mi jarro? ¡Llueve!—exclamó muy alegre.—Está lloviendo.

Lo vió en el suelo y recibiendo la lluvia, pero ésta no fué más que un chaparrón corto, de modo que sólo cayeron al fondo del jarro unas gotas de agua.

Garcín las derramó, expresó rápidamente un deseo antes de que el jarro quedase completamente vacío, preguntándose si aquella pequeña cantidad de agua bastaría para cumplirlo.

—Quisiera estar al lado de la bomba de mi casa—murmuró.

Sí, había agua suficiente para que se hiciese lo que había pedido, porque, de nuevo, volvió a verse por los aires, que cruzaba con gran rapidez, y por fin fué a parar al lado de la bomba, en la que el mago había llenado el jarro. El lo hizo a su vez y luego, ya seguro del resultado, dijo:

—Que todo vuelva a ser como dos días atrás.

En el acto reaparecieron los palacios, los ratones volvieron a ser caballos, la Princesa bajó corriendo la escalera de su palacio y Garcín profirió un grito de alegría al verla. Todo era igual que antes.

—Este jarro es demasiado peligroso para que ande suelto por ahí—observó el joven después de abrazar a la Princesa.—Si ese mago vuelve a apoderarse de él, nos veremos en un apuro. Dime, querida Melania, ¿tienes ya todo lo que deseas?



—ESTE JARRO ES DEMASIADO PELIGROSO PARA QUE  
ANDE SUELTO—OBSERVÓ GARCÍN

—Todo—contestó la Princesa.

—Yo también—añadió él.—Por consiguiente, romperé el jarro y ya nadie podrá utilizarlo en adelante.

Lo arrojó al suelo, donde quedó roto en mil pedazos. Cada uno de ellos adquirió un color verde, despidió una columna de humo y se desvaneció.

—¡Oh!—exclamó la Princesa.—¿Has visto eso?

—Sí—contestó él riéndose.—Pero ahora voy a tomar una limonada, porque tengo una sed espantosa.

—Yo te la serviré—replicó Melania.—Sin embargo, siento que hayas roto ese jarro, porque habría resultado muy divertido prestárselo a nuestros hijos para que satisficieran sus deseos.

—Les contaremos la historia — contestó Garcín.—Y estoy seguro de que les gustará.

Y yo confío en que también os ha gustado a vosotros.

## EL CERDO DEL RABO TIESO

Hubo una vez un cerdo que tenía el rabo tieso. Eso le tenía muy disgustado, al ver que sus hermanos y sus hermanas tenían los rabos retorcidos.

—¡Eh!—decían sus gordas hermanitas.—Mirad al señor Marranito, ¿quién vió nunca un rabo tieso como el suyo?

El pobre Marranito estaba muy disgustado.

—De un modo u otro es preciso que mi rabo sea como el de los demás—pensó.—¿Qué haré?

Reflexionó un rato y luego se dirigió a casa de la señora Amara.

“A veces su pelo está lacio y otras aparece rizado—pensaba.—No comprendo a qué obedece eso. Pero se lo preguntaré a ella.”

Cuando llamó a casa de la señora Amara, ella abrió la puerta y se quedó muy sorprendida al verlo.

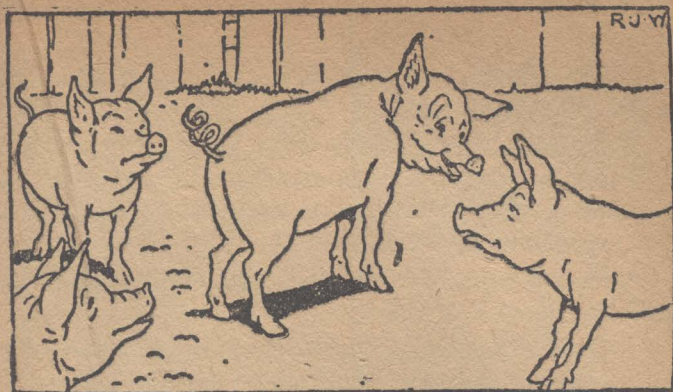
—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Quisiera aprender a retorcer mi rabo—contestó el Marranito.—Y como sé que usted se riza el cabello, tal vez pueda indicarme lo que deseo.

La señora Amara se echó a reír hasta derramar lágrimas. Luego fué a su dormitorio, tomó una horquilla de las que se usan para rizar el cabello y, entregándosela a Marranito, le dijo:

—Ahí tienes eso. Si quieres, te pondré esta horquilla en el rabo y pronto lo verás retorcido.





## LOS OTROS CERDOS ADMIRARON MUCHO SU RABO

Lo hizo así, pero Marranito sintió un gran dolor; tanto, que empezó a gruñir, pero era tal su deseo de tener el rabo retorcido, que soportó el dolor como un héroe.

Volvió a la pocilga y todos los cerdos se echaron a reír como locos al ver que Marranito llevaba el rabo en torno de una horquilla.

A la mañana siguiente, el Marranito volvió a casa de la señora Amara, con objeto de que le quitara la horquilla. El rabo quedó precioso. Estaba retorcido sobre sí mismo, como si fuese un resorte, de modo que Marranito quedó muy orgulloso de él. Luego, al verse en presencia de otro cerdo, se situaba de espalda hacia él para que pudiese admirar su retorcido rabo.

Mas, pronto ocurrió algo terrible. Empezó a llover. Marranito no hizo ningún caso, pero se le humedeció el rabo y volvió a quedar tieso.

—Ya tienes el rabo tieso—exclamaron los demás cerdos, rodeándolo.

Marranito volvió la cabeza y vió que, en efecto, era así.

—¡Oh, qué lástima! Está visto que las horquillas no sirven. ¿Qué haré, pues?

—Yo, en tu lugar, iría a ver a Potín, el duendecillo, para rogarle que te dé un encantamiento, gracias al cual te quede el rabo retorcido para siempre—le dijo el cerdo más corpulento de todos.

Marranito siguió su consejo y, dirigiéndose a la casa de Potín, llamó a la puerta.

—¿Qué deseas, Marranito?—preguntó el duendecillo.

—¿No podrías proporcionarme un encantamiento para que mi rabo quedase retorcido?—preguntó el cerdo.—Como ves, está tieso y resulta muy desagradable.

—Bueno, lo probaré—dijo Potín con acento de inseguridad.—No sé si tendré algún encantamiento bastante poderoso. Realmente tienes el rabo muy tieso.

Tomó un cuenco de color azul y dentro puso seis cosas muy raras; una pluma dorada con la punta azul, una telaraña cargada de rocío, el centro de una margarita, una espina de cardo, un pelo de ardilla y una cucharada de luz lunar, que tomó de un charco. Luego lo agitó todo y al mismo tiempo entonó una canción mágica.

—Ahora vuélvete y mete el rabo dentro del cuenco—dijo Potín.—Este filtro lo retorcerá.

Marranito obedeció y el duendecillo revolvió aquel extraño líquido. Mientras tanto el rabo empezó a retorcerse de modo que el cerdo estaba encantado.

—Ya ha terminado la operación—dijo el duendecillo.—Pero el caso es que no sé cuánto tiempo permanecerá así, Marranito.

—¿Le perjudicará la lluvia?—preguntó el cerdo.





—¿QUÉ PASA?—PREGUNTÓ UNA VIEJA BRUJA QUE  
LO OYÓ CASUALMENTE

—No. No lo creo. ¡Qué guapo estás, Marranito!—exclamó el duendecillo.

Marranito regresó a su pocilga y todos sus compañeros lo admiraron mucho. Pero aquel día picaba mucho el sol y el calor deshizo el rizo del rabo del cerdo, que se quedó de nuevo más tieso que antes.

—Realmente no sé qué hacer—exclamó Marranito, apenado en extremo.

—¿Qué sucede?—preguntó una vieja bruja que pasaba casualmente.

Marranito le contó la causa de su dolor y ella, después de oírlo, replicó:

—Necesitas un encantamiento muy poderoso. Vale más que vayas a mi casa y te lo daré.

La mala bruja no pensaba en hacer tal cosa, sino que sólo quería apoderarse de Marranito para matarlo y comérselo. Pero el pobre cerdo no conocía la maldad de aquella mujer y se entusiasmó al oírla.

—Ve a verme a mi casa, esta noche, a las doce—le dijo la bruja.— La encontrarás fácilmente en el centro del Bosque de los Espinos.

Aquella noche, a las once y media, Marranito salió de la pocilga.

La obscuridad era intensa, de modo que el pobrecillo empezó a sentir miedo. De pronto oyó algo que le hizo dar un salto de terror.

Eran dos buhos que se llamaban mutuamente. Y cuando más asustado estaba, sucedió otra cosa que aumentó aún su pánico. La luna se levantó y lo miró a través de los árboles.

—¡Oh!—exclamó el cerdito.—¿Qué es eso? ¿Será algún gigante que me mira?

Luego echó a correr, sin fijarse en la dirección que





MARRANITO DIÓ UN CHILLIDO Y ECHÓ A CORRER

seguida. De pronto oyó dos voces a corta distancia y, a la luz de la luna, pudo descubrir a dos brujas.

—¿Has visto a un cerdito muy gordo?—preguntaba una.

—No. ¿Por qué?—contestó la otra.

—Porque me prometió ir a casa, esta noche, para que le retorciese el rabo—añadió la primera bruja riéndose. —¡Qué idiota es! No ha sospechado siquiera mi intención de matarlo y comérmelo.

Marranito se acurrucó entre las matas y permaneció quieto hasta que las brujas se hubieron alejado. Tenía todas las cerdas erizadas a causa del miedo, y el rabo retorcido por la misma razón.

—De buena me he escapado—pensó.—¡Oh, qué mala es esa bruja! En cuanto amanezca volveré a mi pocilga.

En efecto, así que apuntó el día reconoció el camino y emprendió el regreso a su vivienda. ¡Cuánto se alegró al

verse otra vez en su pocilga! ¡Y qué sorpresa tuvo también al llegar allí!

—¡Qué bien retorcido tienes el rabo!—exclamaron sus hermanos.—¿Te lo ha hecho la bruja?

—No — contestó Marranito, sorprendido y mirando, satisfecho, a su retorcido rabo.—¿Cómo se habrá puesto así? Lo cierto es que esta noche pasada he tenido el susto más grande de mi vida.

—Pues, entonces, el miedo ha sido el autor de eso—dijo, acertadamente, un cerdo viejo.—¿No sentiste algo raro la noche pasada?

—Ahora que me acuerdo, creo que sí—contestó el marranito.—Pude escapar de caer en manos de la bruja, y salí de la aventura con un susto y con el rabo retorcido. ¡A ver si durará!

A partir de entonces, Marranito se miraba todos los días el rabo y lo cierto es que sigue aún tan enroscado como el primer día. Y, como es natural, está orgulloso a más no poder.

---



## EL FANTOCHE TONTO

Hubo una vez un guapo fantoche negro, que estaba muy orgulloso de sí mismo. Llevaba una chaqueta roja, los calzones azules y en torno del cuello una corbata amarilla, con la que se hacía un gran lazo. Estaba muy satisfecho de aquella corbata e, incesantemente, preguntaba a los demás juguetes si estaba elegante.

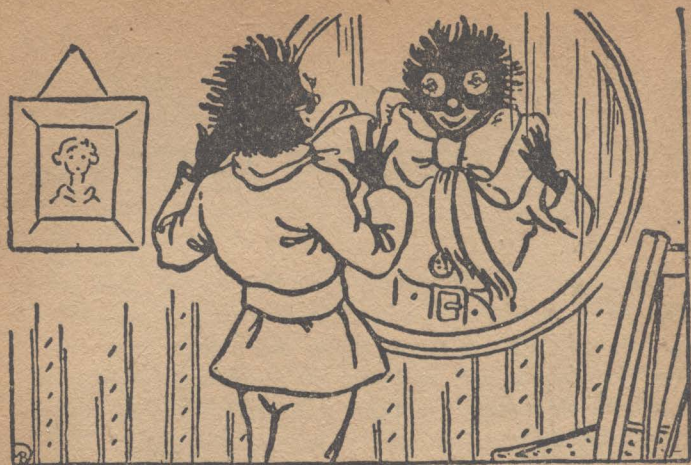
—¡Hombre, cállate!—le decía, ya irritado, el osito. —Es ya la tercera vez que me has hecho hoy esa estúpida pregunta. Eres tan vanidoso, que no mereces esa corbata. Cualquier día la perderás y lo tendrás muy merecido.

—¿Perderla? —replicó, desdeñosamente, el fantoche. —No sabes lo que dices, Osito. La llevo muy bien atada en torno del cuello y, además, la sujeto con un alfiler, para que no se tuerza. ¿No te parece que es una corbata magnífica y que me sienta muy bien?

—Ya van cuatro veces—replicó el oso disgustado.— ¡Cállate!

El fantoche lo dejó y fué a contemplarse al espejo de la casa de muñecas. Acarició su chaqueta roja, se alisó los pantalones azules y luego, por centésima vez, admiró su corbata amarilla. Estaba persuadido de que era el fantoche más elegante del mundo entero.

Aquella noche, en la casa de muñecas los juguetes



### EL FANTOCHE FUÉ A CONTEMPLARSE AL ESPEJO

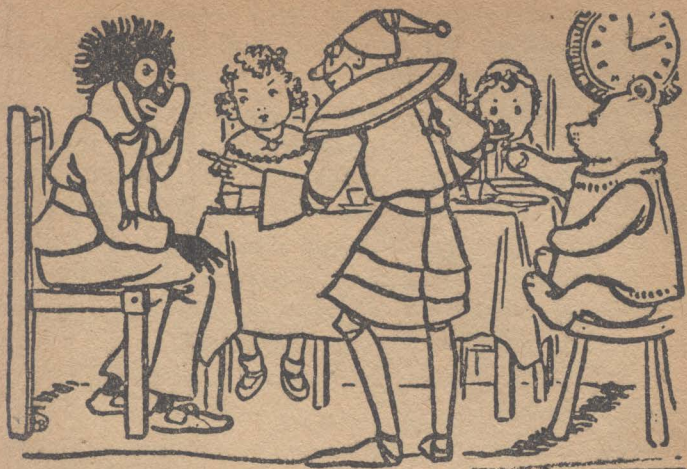
celebraron una fiesta. La muñeca de los cabellos rizados puso la mesa y sacó las tazas blancas y azules. El osito se encargó de llevar algunos **sandwiches** de mermelada y unos pastelitos de chocolate. El payaso de cuerda preparó el café con leche y, en una palabra, entre todos dispusieron cuanto era necesario.

En el último instante, el payaso observó que no había bastantes tazas. Alguno se vería obligado a pasarse sin ella. Y como todos los juguetes estaban irritados contra el fantoche, decidieron que él sería la víctima.

—Se lo merece—dijo el osito, sonriendo.—Y, además, fantoche, podrías mancharte la corbata con el café con leche.

—Pues yo quiero tomarlo—contestó el fantoche, enojado.





## LOS JUGUETES DIJERON AL FANTOCHE QUE NO HABÍA TAZA PARA ÉL

—No hay taza para ti—contestó la muñeca del cabello rizado mientras servía los **sandwiches** y los pasteles.

—Pues ya me buscaré una taza—contestó el fantoche alejándose.

¿Qué os figuráis que se le había ocurrido? Pues tomar el dedal de plata que había en el cesto de Lucía. Díjose que sería una taza magnífica y mucho mejor que las de porcelana que usaban los demás.

Pero en cuanto el osito vió lo que hacía el fantoche, se apresuró a exclamar:

—¡Fantoche! Deja en paz las cosas de Lucía. Se enojará mucho contigo. No tienes ningún derecho de usar su dedal de plata.

—¿Ah, no?—exclamó el fantoche haciendo una mueca al osito.—Pues lo hago. Mira, aquí está. Y ahora voy a servirte café con leche.

Tomó el jarro de la leche y luego la cafetera, y llenó el dedal. Los juguetes lo miraban asombrados y disgustados, porque ninguno de ellos tenía permiso para tocar las cosas de Lucía. Esta era la niña, dueña de todos ellos.

Cuando el fantoche se dirigía a su asiento, muy orgulloso de sí mismo, tropezó con el borde de la alfombra. Se cayó cuan largo era, el dedal de plata se le escapó de la mano y luego desapareció rodando.

—¡Oh, me he hecho daño!—sollozó el fantoche frotándose una rodilla.

—Me alegro—contestó la muñeca del cabello rizado.—Valdría más que mirases donde pones los pies. Eso es lo que se gana cuando se es tan orgulloso.

—¿Dónde está el dedal?—preguntó el fantoche incorporándose. Buscó con la mirada en todas direcciones y como no lo viera añadió:—¿Ha visto alguien el dedal?

—Me parece que se ha metido en este rincón—observó el osito, señalándolo.

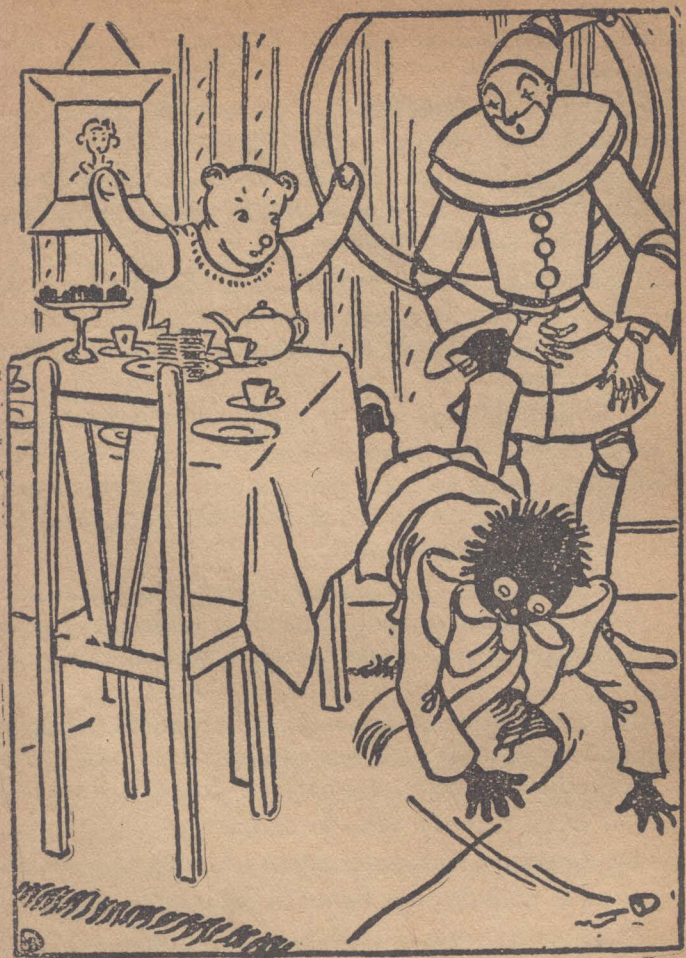
El fantoche se apresuró a registrar aquel lugar, pero no pudo hallar más que un agujero en el entarimado. En el fondo del agujero vió brillar el dedal. Quiso sacarlo, pero no pudo, porque estaba a demasiada profundidad. ¿Qué haría?

—No llevo a cogerlo—exclamó casi llorando.—Ven, Osito, a ver si lo puedes coger.

Pero ninguno de los juguetes lo consiguió. Formaron un círculo en torno del aquel agujero, preguntándose qué harían.

—Lucía tendrá un disgusto espantoso al notar la pér-





EL FANTOCHE TROPEZÓ EN LA ALFOMBRA  
Y SE CAYÓ

dida de su bonito dedal—dijo la muñeca.—Eres un tonto, fantoche.

—¡Es preciso recobrarlo! — exclamó el fantoche.—  
¿Qué haré, pobre de mí?

—Llamaremos al ratoncito que vive al otro lado de esa pared—aconsejó el payaso de cuerda.—Quizá podrá hacerlo llegar a nuestras manos.

En efecto, llamaron al ratón, que acudió con sus ojuelos centelleantes y agitando la nariz sin cesar. Entonces los juguetes le mostraron el dedal, que estaba en el fondo del agujero.

—¿No podrías cogerlo?—le preguntó el fantoche.

—Fácilmente—contestó el ratón.—Hay un pequeño túnel que va desde mi madriguera a este agujero, de modo que, si queréis, iré en busca del dedal. Pero, ¿qué me dareis en cambio?—preguntó.

—Lo que quieras—le contestó el fantoche, mirando a su alrededor.—El hermoso broche de la muñeca, la llave que pertenece al payaso de cuerda o bien el gorro del baby.

—No quiero nada de eso—contestó el ratón, mirando al fantoche.—Quiero algo que te pertenezca. Por ejemplo, esa magnífica corbata amarilla—añadió el ratón.—Siempre la he deseado. ¿Me la darás?

—De ninguna manera—contestó el fantoche, rabioso.—Esta es la corbata más hermosa del mundo entero.

—Pues por eso me gusta—replicó el ratón.—Bueno, si no quieres dármela, tampoco te devolveré el dedal. ¡Con Dios!

Y se volvió a su agujero, pero los juguetes rodearon al fantoche y le dijeron muy enojados:





### EL RATÓN ENTREGÓ EL DEDAL AL PAYASO

—Estabas dispuesto a dar cualquiera de las cosas que no te pertenecen. Pero cuando te piden algo que es tuyo, entonces contestas que no. Eres un fantoche egoísta y tonto, y, desde luego, no tienes más remedio que regalar tu corbata al ratón.

El payaso se arrojó contra el fantoche, le quitó la corbata y luego la llevó al agujero donde estaba el ratón, diciendo:

—Aquí tienes la corbata que querías, ratoncito. Ahora tráenos el dedal.

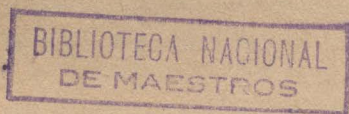
El ratón se mostró en el acto, tomó la corbata y se la puso en torno de su propio cuello, haciéndose un hermoso lazo. Estaba tan elegante y satisfecho, que los juguetes se sonrieron al verlo. Luego el ratón se metió en el agujero, tomó el dedal y se lo entregó al payaso. He-

cho esto desapareció corriendo para lucir su nueva corbata ante los demás ratones.

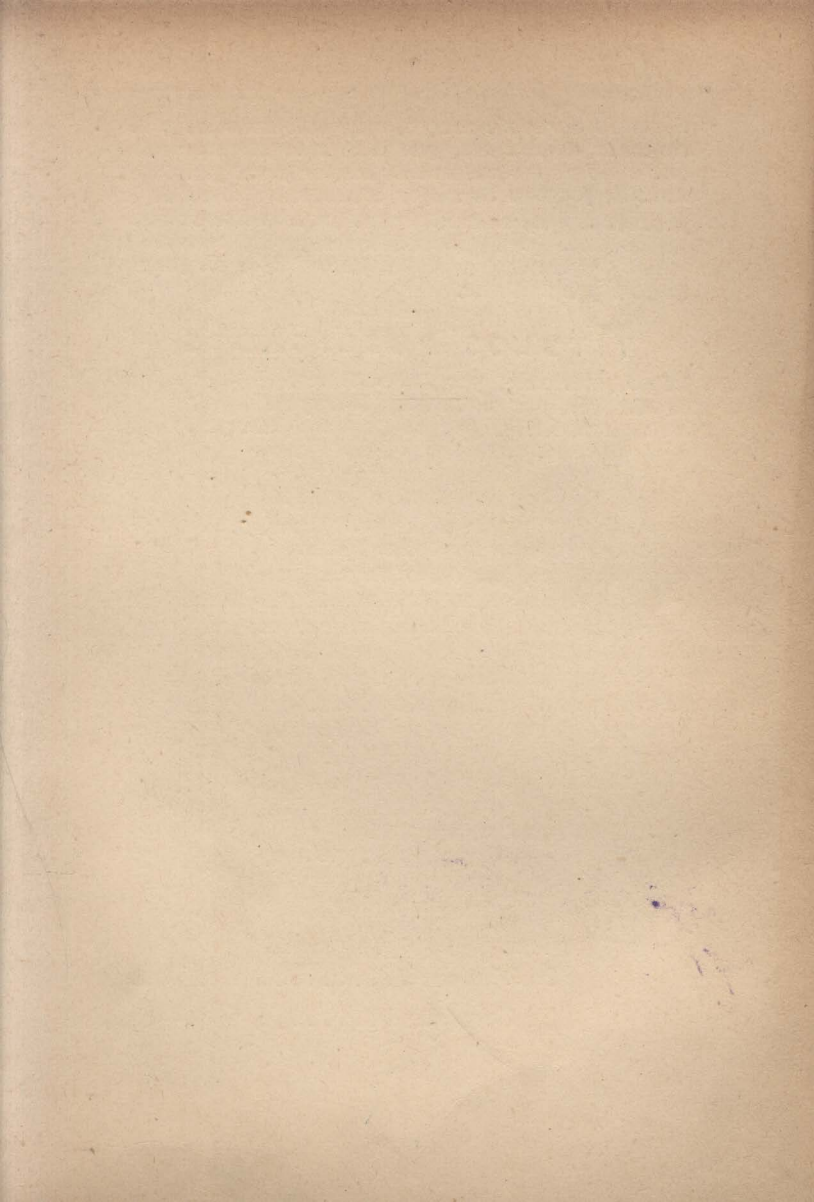
El payaso dejó el dedal dentro de la cesta de costura y luego observó que el fantoche estaba llorando en un rincón.

—¡Nadie me querrá ya sin mi corbata amarilla!— gemía.

—¡Ca, hombre! Lo que sucedía, en realidad, es que nadie podía verte por su causa. No seas vanidoso y entonces te querremos más que nunca.







# COLECCION MOLINO

*Serie de obras de recreo, muy estimulantes y altamente educativas, que han sido seleccionadas entre las de los autores de mayor prestigio. Estas novelas forman la mejor biblioteca clásica de la juventud, y en ellas alternan los más emocionantes episodios con las verdades de orden natural y científico, reveladas a los adolescentes en forma amena y agradable.*

## TITULOS PUBLICADOS

- «La Isla Misteriosa», por Julio Verne.
- «Pedro Simple», por el Capitán Marryat.
- «El Perro Diabólico», por el Capitán Marryat.
- «Dos años de vacaciones», por Julio Verne.
- «20.000 leguas de viajes submarinos», por Julio Verne.
- «Los hijos del Capitán Grant», por Julio Verne.
- «Las tribulaciones de un chino en China», por Julio Verne.
- «Las Indias Negras», por Julio Verne.
- «Héctor Servadac», por Julio Verne.
- «Los naufragos del Pandora», por Mayne Reid.
- «La isla del tesoro», por R. L. Stevenson.
- «Las historias de Cabidoulin», por Julio Verne.
- «Robur el Conquistador», por Julio Verne.
- «La montaña de Oro», por Karl May.
- «La Estrella del Sur», por Julio Verne.
- «Dueño del Mundo», por Julio Verne.
- «El pueblo aéreo», por Julio Verne.
- «La venganza del caudillo», por Karl May.
- «El secreto de Storitz», por Julio Verne.
- «Los quinientos millones de la princesa india», por Julio Verne.

### Precio de cada volumen

En Rústica: ..... \$ 0.70

En Cartoné: ..... \$ 1.—

URGEL 2 4 5

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES